

ESPAÑA PINTORESCA.



Valencia - Catedral

LA CATEDRAL DE VALENCIA. (1)

J



ENTRE el considerable número de hermosos templos que hay en la ciudad de Valencia, es notable su catedral por la magnificencia en la arquitectura, suntuosidad de la construcción é histórico de su fundación pues es el mas antiguo de todos.

Sobre este templo llamado vulgarmente la Seo, por estar en él fundada la *Sede* ó silla episcopal, han escrito varios, pero casi siempre haciendo un relato de su mérito artístico, sin tocar en nada á su parte histórica.

En el sitio en que hoy día existe la Seo es sabido que hubo en tiempo de los gentiles, un grandioso templo dedicado á la diosa Diana; el que posteriormente siguiendo las varias dominaciones de godos y mahometanos, se transformó en templo de Dios y de Mahoma; y últimamente el glorioso Rey D. Jaime, como

devotísimo de la Virgen le dió el título de Santa Maria; reservando una capilla principal del templo en una de sus naves, para San Pedro, con el nombre de parroquia, conservando así lo hecho anteriormente por el Cid.

Lo primero que hizo el Rey D. Jaime en el día de su victoriosa entrada en la ciudad, que lo fué el martes 28 de Setiembre del año 1238 despues de plantado el pendon castellano en la torre del Temple, fué irse en derecha con el ejército á la mezquita mayor; y despues de haberla consagrado por manos del arzobispo de Tarragona, se levantó un altar donde celebró misa solemne el obispo electo de Valencia. Observando el Rey que en las paredes del nuevo templo quedaban esculpidas algunas memorias mahometanas incompatibles con la religion cristiana, determinó derribarle todo para construirlo de nuevo. En efecto se hizo una procesion en que iban el Rey, los sacerdotes y el pueblo; cuando llegaron á la iglesia tomó el mismo Rey un martillo de plata y comenzó á dar en la pared; á imitación suya hicieron lo propio los sacerdotes, y luego los gefes del ejército; cerrando la procesion y concluyendo la ceremonia los franqueadores de todos los regimientos quienes al llegar

(1) Véase el tomo III del Semanario página 703.

principiaron á derribar con tal ahinco y furia, con sus picos, azadones y demas instrumentos que en pocos dias quedó arrasado. Formado inmediatamente el plano para el nuevo edificio tal como existe en el dia, fué reedificado con suma brevedad.

Entre las cosas mas notables de este templo es digno de la mayor atención el alto y artificioso *Cimbario* ó media naranja que levantándose con especial maestría y hermosura entre el altar mayor y el coro, está alumbrando á los dos. No alcanza el entendimiento humano á comprender cómo aquella fábrica que se eleva á modo de tiara pontificia, de altura tan enorme y tan estremadamente ancha pueda sostenerse en el aire. Se cuenta del arquitecto que la hizo, que despues de concluida, al quitarle las cimbras y andamios se escondió por miedo de que al descombrarla se hundiese toda la obra y perdiese para siempre su reputacion, pero triunfó el arte de tal modo, que no lo esperaba el artífice.

Son tambien admirables el coro y campanario. El coro y toda su portada son de alabastro suávisimo con multitud de molduras ó imágenes esculpidas, y es tan espacioso que contiene cerca de doscientas sillas de nogal, labradas con particular perfeccion; y en él se halla tambien el órgano que es casi el mas grande y de mejores voces de toda España.

El campanario de este templo es un octógano de piedra de una altura considerable y muy sólido, la escalera es de caracol bastante ancha, de piedra tambien y apoyada por su centro sobre un eje redondo, que se eleva en el medio de la torre hasta lo último y cuenta 168 escalones. Esta preciosa obra se concluyó á fines del siglo XII. Arriba hay una campana disforme que solo sirve para el reloj, pues es tanto su peso y volúmen que no se puede mover, por lo que no está con las demas en el campanario, sino encima de la torre; su sonido es tan claro que se oye desde cerca de una legua de distancia. Se llama Miguel y fué bautizada en el año de 1521. Sus padrinos fueron los obispos de Tarragona, Segorbe y Mallorca; y madrina Doña Leonor de Burja, muger de D. Gerónimo Cabanillas, capitán de la guardia del Emperador Carlos V Rey de las Españas. De aquí deriva el título que los del pais dan á este campanario llamándole *Miquelet* sacado del nombre de su campana mayor Miguel, solo que bien por efecto de una ironía dirigida á su grandor, bien por ser muy comun en el dialecto valenciano el usar los diminutivos para expresar una cosa particular, le llaman Miguelito diminutivo de Miguel.

El suelo del templo está enlosado de azul y blanco, lo que forma un contraste hermosísimo con las capillitas que rodean al coro que son de mármol blanco y jaspe negro y rojo. El altar mayor fué cosa admirable en otro tiempo por ser tanto él como los santos de plata, repartido en seis cuadros que figuraban la vida de Nuestra Señora, con una imagen suya de estatura muy grande: todo el retablo viene á tener diez varas de alto y seis de ancho. En el año de 1360 se principió á construir la Virgen que en él habia; y en el de 1429 se acabó de dorar con perfeccion, habiendo costado 14,000 duros.

En el de 1468 á 24 de Mayo dia de Pascua Florida,

por la noche se pegó fuego al altar mayor, y habiéndose abrasado todo, solo se escapó del incendio dicha imagen que la salvó un esclavo llamado Lanzarote precipitándose entre las llamas, por lo que los canónigos le pagaron el rescate á su dueño en agradecimiento de su arroj. No se puede calcular la pérdida que sufrió el templo pues se quemaron cuarenta y cinco paños de oro, de que estaba adornado el altar y sus contornos por la solemnidad de aquel dia; derrióse casi todo el altar y de lo poco que pudo salvarse se juntaron mil veinte y siete marcos de plata, los que unidos al dinero que ofrecieron los valencianos formaron un capital que sirvió para reconstruir el altar que ha subsistido hasta la incursion de los franceses por el año de 1808 en que se llevaron el tabernáculo de la catedral de un valor inestimable y todos los santos de los altares que eran de plata, quedando en el dia por efecto de otros saqueos, limitada toda aquella magnificencia del altar mayor á pinturas; de modo que el mejor de los templos de primer orden de España ha quedado reducido á una décima parte de lo que era por efecto de las guerras y calamitosas circunstancias que desde los principios de este siglo nos han oprimido. Sin embargo del potosí de riquezas que poseia esta iglesia aun cuenta con un corto número que por ser mayor en otros templos de España no merece relatarse; pero lo que es digno de particular atención son las reliquias con que fué enriquecida por diferentes pontífices y Reyes. De los primeros los que mas cooperaron fueron los Papas Calixto III, Alejandro VI y Clemente VII. De los segundos los Reyes San Luis de Francia, D. Martin y D. Fernando de Aragon, la Reina Doña Leonor hija del Rey de Aragon y Doña Constanza Emperatriz de Grecia.

Entre las reliquias de mayor mérito se encuentra el mismo sagrado cáliz en que Cristo la noche de la cena convirtió por primera vez el vino en su sangre y dejó instituido el Santísimo Sacramento del Altar. Toda la copa del cáliz es de una sola piedra preciosa, parecida á la que llaman Calcedonia (1). El color de este es tan extraño y bonito que á medida que se vá volviendo se forman diferentes visos y colores, produciendo infinita variedad de luces tan brilladoras que al poco rato ya no se percibe el primitivo color, si bien en un principio se presenta como una ascua de fuego amortiguada.

Primero le tuvo Roma, en el tiempo en que vivia en ella San Lorenzo mártir y en el repartimiento que hizo este santo de los tesoros que tenia en su poder recibidos del papa San Sisto, para no entregarlos al tirano le tocó á nuestra nacion el precioso cáliz de que hablamos, el que desde la pérdida de España en tiempo del Rey D. Rodrigo, le tuvieron los españoles guardado y reverenciado en el monasterio de San Juan de la Peña en las montañas de Jaca, donde se escondieron casi todas las reliquias que pudieron escapar de la furiosa entrada de los moros.

Posteriormente el Rey D. Martin de Aragon sacó tan preciosa reliquia de entre las manos de los monjes de

(1) Plinio refiere en el libro treinta y siete capítulo 7.º que los antiguos se preciaban de hacer cálices de esta piedra.

aquel monasterio y la dió en depósito á Valencia.

A mas del precioso cáliz de la cena, tiene la catedral de Valencia una prodigiosa multitud de reliquias que sería enojosa tarea enumerar, hallándose entre ellas cinco pedazos de piedra bastante grandes que dicen pertenecieron al sepulcro de J. C. con las que los capitulares de aquel templo, formaron uno pequeño, dentro del cual el día de Jueves Santo, encerraban el Santísimo Sacramento en el cáliz mismo de la cena quedando así representada al vivo la pasión del Señor.

En el altar mayor se conservan también la brida y bocado de Babieca, caballo del Cid y las monturas del de D. Jaime, como en memoria de las conquistas de entrambos héroes.

Una costumbre existe aun en el día que perpetúa la memoria del conquistador D. Jaime, costumbre instituida con el objeto de celebrar su santo y victoriosa entrada en la ciudad. El día del apóstol Santiago se pone á esposicion pública en la catedral un grande bizcocho ó *tortada* segun el dialecto valenciano, el que en un magnífico ramillete representa al Rey D. Jaime á caballo matando moros, este ramillete ó bizcocho puede llevarse á su casa el primero que le pida sin satisfacer nada por él, pero queda obligado á dar otro igual en el mismo día del año siguiente, cuyo valor no baje de una onza, obligándose para ello con el competente documento ó fianza autorizado por el notario público, que justifique poder cumplir el compromiso.

Todas estas particularidades prueban lo amantes que son de su país los valencianos y lo curiosos en materia de historia, como lo manifiestan todas sus funciones, pues siempre se halla en ellas algun recuerdo antiguo, y es bien cierto que si todas las provincias de España hubieran tenido el mismo cuidado en conservar los hechos pasados, podríamos contar con memorias de que en el día carecemos.

EMILIO TAMARIT.

HISTORIA.

DON PEDRO EL CEREMONIOSO.

Don Pedro IV de Aragon, llamado el Ceremonioso por la pompa y majestad con que se presentaba al público, y las ceremonias minuciosas que eran indispensables para acercarse á su persona, hubiera sido un gran Rey atendida su capacidad política y prudencia, si á estas cualidades no hubiese unido la de no omitir crimen alguno para el logro de sus deseos. Despojó á su cuñado del reino de Mallorca, concediéndole pérfidamente un salvo conducto para obligarle á renunciar aquella corona. Como no tuvo hijo varon de su primera muger, el conde de Urgel, su hermano era considerado como sucesor suyo, lo que trató de evitar haciendo se reconociese por princesa de Aragon á su hija primogénita Constanza; pero habiéndose opuesto el conde á este reconocimiento y al-

terándose en algunas partes la tranquilidad pública, cedió con disimulo convocando córtes en Barcelona, donde murió envenenado el conde de Urgel. Este atentado que se achacó al Rey, produjo una nueva sedicion, á cuya cabeza estaba el infante D. Fernando, que alegaba los mismos derechos que el conde de Urgel; pero D. Pedro logró disiparla con su prudencia y energia, y consiguiendo contra los rebeldes una gran victoria en las orillas del Jalon. Como el principal foco de la sedicion se hallaba en Zaragoza, se dirigió á ella inmediatamente el Rey, donde ejecutó algunos castigos, aboliendo todos los privilegios concedidos por sus antecesores y haciendo quemar los documentos en que constaban. De aquí procede sin duda la confusion que se nota en la historia de Aragon.

Posteriormente favoreció al conde de Trastamara en la guerra que sostuvo contra D. Pedro de Castilla denominado el Cruel, pero constante siempre en sus pérdidas designios de cometer toda clase de atentados como redundasen en beneficio suyo, consintió en ajustar la paz con el Rey de Castilla, siendo la principal base la muerte del infante D. Fernando y la del conde de Trastamara. La primera se ejecutó por orden de D. Pedro el Ceremonioso en Castellon, y si el conde escapó del peligro que le amenazaba en la cita que le dieron á un castillo, lo debió al gobernador de esta plaza D. Juan Ramirez de Arellano que manifestó no se vilipendiaría jamás con semejante infamia.

Habiéndose casado en terceras nupcias con Constanza de Sicilia, tuvo un hijo llamado Juan que fué reconocido como sucesor suyo con el título de Duque de Girona, nombrándose desde entonces con el mismo título todos los herederos presuntivos de la corona. Durante las guerras que agitaron las Castillas, no permaneció tranquilo el Rey de Aragon, pues tuvo que conservar la Cerdeña amenazada de continuo por los partidarios de los Doria y Arborea, y el reino de Mallorca que le disputaba el Duque de Anjou, á quien habia cedido sus derechos la condesa de Monterrat, hija del último Rey de aquella isla. También se ocupó en adquirir la Sicilia, pretendiendo escluir á Maria, hija de Federico, manifestando que era incapaz de suceder á su padre á causa de su sexo. Con este objeto despues de sostener una guerra bastante activa en el país, trató de casar á Maria con su hijo Juan, pero este, enamorado de Violante de Bar, se casó con ella sin el consentimiento de su padre, cuyo acontecimiento turbó la paz de Aragon. En medio de estas intrigas murió D. Pedro IV á la edad de 65 años y 51 de su reinado, menos sanguinario al fin de sus días que lo habia sido en su juventud, pero siempre ambicioso, activo en sus proyectos, y hábil para realizarlos. Los historiadores le comparan con D. Pedro el Cruel en cuanto á lo injusto, con la diferencia de que D. Pedro el Ceremonioso no cometió los crímenes sino en cuanto los conceptuó necesarios á su ambicion, mientras que el Rey de Castilla no hacia mas que seguir su inclinación naturalmente sanguinaria. Ha habido historiador que ha definido á estos dos principes diciendo que el uno fué el Neron de Castilla, y el otro el Tiberio de Aragon.

RECUERDOS HISTORICOS. (1)

Dos poetas.

III.

En un elegante salon se vé á un bello jóven sentado en un cojin puestas las manos en la frente y en actitud meditabunda. A su lado está el Conde de Orgaz diciéndole:

—Si, amigo mio, el Rey ha sospechado, no sé por qué pero sin duda aquella cancion....

—¡Cómo! exclamó Villamediana sin levantarse; ¿por una simple cancion habia el Rey de sospechar de mí de su esposa? ¿habia de injuriarla solo por eso? no, la calumnia, la infame delacion es la causa solo, ¡infeliz!

—Y bien, si es así, peor para vos y para ella. Tratad



de salvaros ya que no podeis salvar á la Reina.

—¡Yo huir! jamás! que vengan, que me asesinen si quiere ¿pero huir? no, ¡imposible!

(1) Véase el núm. 40.

—¿Y pensais presentaros hoy en el torneo?

—¿Como he de faltar á él? si no fuera me acriminaría á mí propio.

—Pues bien, amigo, lo que os encargo es la pruden-

cia, tal vez podremos disipar las sospechas del Rey.

—¿Os vais? le dijo Villamediana viendo que se disponía á marchar.

—Sí, tengo que vestirme para la función, y me queda poco tiempo.

—Os espero, conde, saldremos juntos de aquí.

—No faltaré, amigo mío, le contestó el de Orgaz.

Salió este dejando á Villamediana abismado en sus tétricas ideas.

Levantóse á poco rato y dijo llamando á su paje:

—¿Gutierrez!

—¿Qué mandáis, señor? dijo el paje entrando.

—Que me ensillen y engalanen el mejor caballo que haya en mis caballerizas.

—¿Y que traje lleváis señor?

—La capilla de terciopelo negro con capilla igual y sombrero con plumas blancas.

Salió el paje y volvió de allí á poco con el traje de su señor.

Así que concluyó el conde de vestirse, en lo cual empleó una hora larga, le presentó el paje un soberbio espejo en el que se miró el enamorado galán con aire de satisfacción. Bello estaba en efecto con el airoso traje que tenía puesto. Completaba á lo que llevamos dicho unos puños de riquísimo encaje y valona de lo mismo. Llevaba también boreguías abotinados, cerrándolos dos hermosos lazos de raso. A poco rato entró un criado y puso en sus manos un billete. Abriólo el impaciente galán y exclamó:

—¿Será cielo, Dios mío? ¿la Reina me llama? ¡Isabel! ¡ah! ¡me volveré loco! vengan luego mil muertes, yo las arrostraré con gusto á trueque de que la hable.

Quedóse despues como en una abstracción mental, de la cual le sacó el ruido producido por el paje, que anunció estar ya el alazán enjaezado.

—Bien está, le contestó. ¿Aun no ha llegado el conde de Orgaz? le preguntó.

—No, señor, le respondió el paje.

—Despejad, replicó el conde, y cuando llegue le introduciréis hasta aquí.

Salió el paje, y el conde se recostó sobre el muelle sofá de terciopelo escarlata, con suma indolencia. Parecía que la naturaleza se había complacido en prodigarle sus mas bellos dones: era realmente un hermoso mancebo. Volvió á abrir el querido billete devorándole con la vista, repetía cada palabra con delirio, y sus ojos chispeaban de placer.

—¡Ah! exclamó, á pesar de vuestra envidia, á pesar de vuestras calumnias, la veré esta noche, la hablaré, y nuestras almas se unirán con nuestro amor!

De allí á poco se abrió la mampara, y entró el conde de Orgaz ricamente vestido.

—Bien, amigo, le dijo al entrar sorprendiéndole en su lectura. Parece estais muy alegre según la expresión de vuestro rostro.

—¡Sí, alegre, feliz mas que nunca! leed: y le entregó el billete.

—Estará de mas que os diga si ireis.

—¡Ah! ¡cuanto deseo llegue lo hora!

—Arriesgado es el paso que vais á dar, y me temo que no salgais bien de él.

—Pero amigo, ella me llama, no habrá peligro cuando se atreva á dar tal paso.

—¿Y si fuese un ardid del rey para cerciorarse?

Quedó Villamediana un tanto pensativo; luego dijo:

—Sea lo que quiera todo lo he de arrostrar.

—De todos modos os encargo mucho cuidado.

—Seguiré vuestro consejo, amigo mío.

Salieron los dos condes, y montada en sus corceles marcharon seguidos de sus escuderos, pajes y lacayos.

Llegaron al sitio del torneo con sus cuadrillas y se adelantaron hácia el balcón régio en el cual estaban el Rey y la Reina con multitud de personajes. Detrás del asiento del Rey divisábase una figura estraña, raquítica, asquerosa, era esta el enano y bufon del Rey, el mismo que alimentó en el pecho del monarca los celos que ya abrigaba en sumo grado.

Todo el concurso dirigió la vista hácia los dos airosos condes y sus bellas y brillantes adargas.

La del conde de Orgaz era una fiera domeñada por el Dios del amor con este mote: «Ay á quien lance mis tiros!» La del conde Villamediana era un precipicio, con una corona en su orilla y del otro lado una muger con este mote: «La hollaré para pasar.»

Comenzó el torneo quedando siempre vencedores los dos gallardos condes que sobre sus soberbios brutos burlaban la fiereza del bravo animal.

Mientras esto pasaba, el Rey y su bufon hablaban por lo bajo, y le decia este último al primero.



—No me queda duda, señor, la Reina le ha escrito citándole para esta noche.

—¡Calla! calla, miserable, le dijo el Rey. ¿Sabes que si mientes mandaré que te arranquen la lengua para que no

la vuelvas á emplear en menoscabo de la reputacion de de tu Reina?

— Señor, digo la verdad.

— Bien, contestó Felipe.

— ¿Quereis mas pruebas, señor? dijo el bufon señalando al Conde con una risita sardónica. Mirad, continuó, ved la adarga del Conde, ¿qué veis en ella?

— Una corona y una muger.

— ¿Y no adivináis lo que significa esa corona y esa muger? pues esa corona es la corona de España, y esa muger la Reina de España.

— ¡Miserable! exclamó el Rey.

Mas el bufon sin inquietarse por nada, prosiguió con acento infernal:

— Leed el mote, dice: «La hollaré para pasar» y miraba al Rey con ojos de basilisco.

— No pasará, murmuró el Rey.

Todos aplaudian á los condes, y les prodigaban mil elogios por su destreza y gallardia. La Reina saboreaba todas aquellas muestras de admiracion y amistad que le prodigaban al conde con un placer sin igual.

Concluyóse la función y las cuadrillas pasaron por debajo del balcón régio con sus respectivos gefes al frente de ellas. Al pasar la de los condes, tiraron las damas y caballeros flores y cintas con profusion, y tambien la Reina, no pudiendo resistir el impulso de su corazon, arrojó sobre el Conde un ramo de lindas flores. Todo lo observó el Rey que no la quitaba la vista de encima.

Despues de esto, dos hombres se quedaron viendo marchar la comitiva. Era el uno el del hábito de Santiago, que figuró con Villamediana al principio de esta historia, el otro era su amigo Calderon.

— Ese jóven se pierde, dijo el primero.

— Así lo creo, contestó el segundo personaje.

— Morirá alevosamente, murmuró.

— Dios le salve de tal desgracia.

— Así sea.

Y desaparecieron.

IV.

La primera diligencia del Conde en cuanto llegó á su casa, fué la de quitarse el rico vestido que llevaba sustituyéndole con otro mas sencillo. Púsose la capa y el sombrero y ya iba á salir, cuando entró en la estancia el caballero cruzado que le acompañó en su paseo nocturno.

— ¡Cómo! ¿sois vos? le dijo el Conde al verle.

— El mismo, contestó él.

— ¿Y á qué debo la dicha de teneros á mi lado á estas horas?

— Vengo á libraros.

— ¿De qué?

— De una muerte cierta.

— ¿Teneis pruebas?

— Ninguna.

— Dejadme pues marchar.

— No, no saldreis; es un fatal presentimiento que me acosa, y que me dice que correis á vuestra perdicion.

— ¿Pero por qué?

— He leído en el semblante del Rey que sospecha, sí, no hay duda, tiene vehementes sospechas, quien sea el



que se las haya infundido, lo ignoro, pero creedme, Conde, el Rey sospecha.

— ¿Y cómo quereis que falte á esta cita? ¡imposible! aunque me fuera en ella la vida, iré!

— Pues que tan obcecado estais, no me opongo mas á vuestras intenciones, pero os acompañaré.

— Con mil amores, le contestó Villamediana.

— ¡Gutierrez!

— ¡Señor! respondió el paje en la estancia.

— Mi espada.

Luego mirando á su amigo, dijo:

— Bien, somos dos, y dado caso que nos quietan asaltar, nos defenderemos.

Salieron de allí en direccion del Alcazar Real atravesando las calles mas solitarias para no ser conocidos, llegaron despues de mil rodeos á la plazuela de Palacio, y diciéndose algunas palabras se despidió el Conde de su amigo, y entró por una de las puertas de la régia morada.

Despues llegó á un pasadizo estrecho, cruzó luego otro, despues encontró una galería, volvió á hallar otro pasadizo, subió una escalera secreta, y al concluirla encontró la muerte.

El que se habia quedado esperándole, impacientábase á cada momento, estaba en un mortal desasosiego.

Dieron las nueve, las diez, las once, y el Conde no parecia: aguardó dos horas mas, y viendo que en vano le esperaba, se le oyó murmurar.

— ¡Infeliz! ¡bien me lo temia!

Después se alejó de aquellos sitios.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en toda la villa que de la muerte del Conde. Cada cual la contaba á su modo; pero nada se supo de cierto.

Era una tarde del mes de Agosto cuando bajaban dos caballeros muy apuestos y gallardos hácia el paseo del Prado. Así que llegaron á él comenzaron á pasear entre multitud de personas las que al verlos les franqueaban el paso con muestras de respeto. Ambos vestían el hábito de Santiago, y á juzgar por el semblante de los dos, fácil era conocer que sufrían interiormente.

—¡Cuánto me temí esta desgracia! exclamó el uno.

—Nunca creí que se realizara vuestro triste pronóstico.

—Sin embargo, su muerte ha sido un asesinato indigno de un Rey!

—¡Ab! no nos toca juzgar sus obras, solo podemos llorar al amigo.

—Sí, no queda otro recurso que llorar. Mañana se celebran sus exequias, y debemos asistir, aunque con disgusto, pues veo que el dolor no me deja reposar.

—Sí, ¡iremos á llorar sobre una tumba sin cadáver!

—Eso prueba que sus restos han sido recogidos por una mano poderosa. ¡Asesinado! continuó con amargura, ¡oh! nunca lo hubiera creído del Rey.

—Silencio, amigo, hasta ahora no son más que sospechas, y ya sabéis que las paredes tienen oídos, y que el contrario lleva una corona.

—Teneis razon, amigo, ¡se ha vengado cruelmente!

Apartáronse luego del paseo, y se encaminaron por la calle de Alcalá arriba. Al llegar al centro de dicha calle se pararon en el portal de un elegante edificio.

—Os dejo en vuestra casa, amigo: hasta mañana.

—Hasta mañana, Conde de Orgaz, respondió el otro. Se alejó el Conde, y el que allí quedó, dijo distraído y con melancólico acento.

—¡Infeliz! se cumplió tu destino, mi presentimiento no era infundado!

El que esto hablaba, era el mismo que en distinto sitio le dijo al Conde que se guardara mucho, y se llamaba D. Francisco de Rojas.

A. SIERRA Y L.

COSTUMBRES.



EL ESTRANJERO EN SU PATRIA.

Montado en caballo espátula
que nació en estraña tierra,
y de la oreja á la cola
se le mide por toesas.

El pantalon sin trabillas.

baston en lugar de espuelas,
y á un trote tan levantado
propio de enjuagar botellas.

Con una tercia de picos
cilicio de sus orejas,

y el chaleco, ó mas bien chupa,
del tiempo de Ana Bolena.

Un fraque que no es un fraque,
ni levita ni chaqueta,
y menos diré gaban
(aunque asegurarse pueda,
que entre el primitivo fraque,
y la casaquilla, sea
verdadera transición....

D. Orestes se presenta
en el paseo del Prado
á lucir su gentileza....

Llamarémosle Monsieur,
que el don es de nuestra tierra.
Habla en francés, y en inglés;
pero no sabe su lengua,
pues es cosa de mal tono
todo lo que á español huelva.
Estornuda á lo italiano,
y se limpia á la holandesa,
y con gabacha figura,
estrangeradas maneras,
bigote á la Borguñona,
y rizada cabellera,
adorna una calabaza,
que algunos llaman cabeza.

Nuestra juventud florida
al momento le rodea,
y al ver su esquisito gusto
dice á una voz con sorpresa.

!Qué talentos!... ¡Qué elegancia!

¡Aventaja en sus maneras
al mas fino de París...!

Es inglés en toda regla,
dijo cierto *peloncito*,
que hizo un viaje á Inglaterra
á que el *pelo le cortaran*....

Hasta el sombrero que lleva
es de francesa estructura,
repuso una petimetra....

Es un tipo de elegancia,
vestido, y montado en regla,
añadieron todos juntos
aclamándole Rey de ella....

Yo con mi clásica capa
dije al ver tanto habieca
¡Españoles!... ¡Españoles!...
¡Ved aquí lo que os esperá:
una juventud que charla,
viste y piensa á la extranjera,
y todo lo ensalza y gasta
con tal que español no sea!...
¡Quizás no esté el día lejos,
que España su nombre pierda,
pues no faltan calabazas,
que presumen de cabezas!....

N. R. DE LOSADA.

UNA COSA INSOPORTABLE.

Soneto.

No bien chupaba el lacteo pezón
Sufri sin lloro el agua bautismal,
Sufri de mi nodriza lo brutal,
Sufri de mis pañales la presión,
Sufri mas adelante el sarampión,
La palmeta de un dómíne infernal,
La esclavitud del lazo conyugal,
Y de una suegra-cráter la erupción,
Sufri de un mal poeta la altívez,
Sufri la ineptitud de un parlanchin,
Sufri insultos de un crítico soez,
Hasta el cólera-morbo sufri en fin;
Mas no puedo sufrir la pesadez
De un aprendiz de música y violin.

WENCESLAO AYGALES DE IZCO.

CRONICA.

*. Continúan los revendedores ejerciendo públicamente su comercio, continúan los agentes de seguridad sus animadas conversaciones con ellos y siguen las autoridades sin impedir el tráfico escandaloso de los que se mantienen estafando al público. No nos proponemos indicar los medios de cortar de raíz estos abusos porque bien patentes estan; lo único que queremos manifestar es que nos parece ridiculo que la consigna dada á los agentes de policía se limite á impedir que aquellos individuos se estacionen á la inmediación del despacho, al paso que no se oponen á que veintenas mas lejos y á su presencia sigan especulando como siempre.

*. En el teatro del Principe se ha representado un drama del señor Asquerino titulado *Juan de Padilla* que ha obtenido numerosos aplausos en todas sus representaciones. En su ejecución se han distinguido la señora Lamadrid y el señor Romea.

*. Se ha puesto en escena en el teatro de la Cruz una comedia traducida del francés titulada *Los Mosqueteros de la Reina*, de sencillo argumento pero de animadas situaciones, algunas de ellas de buen efecto é interesantes. Fué ejecutada con el esmero que lo son todas las obras que se representan en este teatro.

*. Varias veces hemos indicado al del Museo los medios que en nuestro concepto debiera adoptar para que la empresa lograra mejores resultados: pero lejos de introducir ninguna reforma, hemos notado mayor descuido en las funciones que se representan. Un teatro que puede ocupar un lugar distinguido entre los de segundo orden y que en la actualidad se encuentra en uno subalterno, nos acreedor á consideraciones y nosotros nos proponemos por su propio bien, ser francos en adelante. La compañía si bien cuenta con algunos actores buenos, la mayoría no lo son, esto unido á que las funciones se ponen en escena sin los ensayos necesarios y á que las piezas se oyen por duplicado merced al spon-tador que precede en voz alta al representante, son causas que justifican el alejamiento del público de un teatro que casi siempre está vacío. Solo cuando notemos que se corrigen estas faltas y hay esmero por parte de la empresa seremos indulgentes.

*. En Variedades ha tenido lugar una función de música y verso, como era de esperar no agradó á los espectadores. Con efecto, semejantes empresas no son para teatros de segundo orden, que deben limitarse á la representación de piezas de fácil ejecución y de efecto probable. La concurrencia fué numerosa y lucida, pues este teatro sigue siendo muy favorecido del público que reconoce los buenos deseos de la empresa y los notorios esfuerzos que la compañía hace constantemente para agradar.